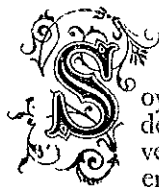


Rubén Darío la Educación y la Cultura

Por Edelberto Torres



oy el ser menos pedagógico de la tierra”, escribió una vez el gran poeta; y lo era en verdad ante la vieja pedagogía, en cuya camisa de fuerza muchos maestros están —y a su placer— metidos todavía. Pero, como veremos, Darío es un ser profundamente pedagógico, no sólo en el sentido de que es uno de los educadores más excelsos de América, sino porque su labor y su pensamiento se enmarcan bien dentro de la pedagogía de vanguardia, ésa en que el niño es centro planetario; el interés psicológico, fuerza de gravedad; y la libertad, atmósfera ambiental.

El atributo de educador nadie se lo negará a Rubén Darío, si educar se entiende como el ejercicio de influencias estimulantes del desarrollo espiritual. Desde 1888, año de la publicación de AZUL Darío ejerce una docencia de belleza que no hay ciudadano de la cultura indoespañola que no la goce desde Baja California hasta Patagonia. Ese provechoso influjo estético, que es el más constante y profundo, no es, sin embargo, el único de su alto ma-

gisterio. Está también su aptitud bellamente educativa ante las normas y ante el inevitable disciplinado. Aquéllas las rompió proclamando una estética acrática, igual como principio a la que bien podemos llamar pedagogía acrática, que es la que profesan hoy los oficiantes del nuevo culto docente, que han puesto al niño en el centro de la vida escolar. Aun mejor encaja en la nueva educación la posición del gran poeta, si se la considera en relación con sus posibles discípulos. Les advierte no imitar a nadie y menos a él, y aun les da sólida y liberadora regla, que es la negación de toda regla: “Sé tú mismo; ésa es la regla”.

Allí está implícito y dicho en poeta, el axioma de Decroly dicho en psicopedagogo: Un niño no es otro niño.

El nefelibata que siempre vieron en Darío sus contemporáneos, y él mismo se aplicó el celeste adjetivo, no fue nunca extraño a los intereses humanos, entre los cuales son capitales la educación y la cultura. Para quien no gozó más que tres años de escolaridad primaria y acaso un año de enseñanza media, bien pudo carecer de interés y hasta de simple curiosidad por el problema de la educación, máxime si se ha cuenta de la faena innovadora que se impuso como poeta. Se concentró tanto en ella, que justificado estaría de no tener su vida y obra ninguna atingencia con la función de la escuela. Pero el roce que el cotidiano existir provoca con los semejantes ubicados en diferentes ángulos de la vida social, puso a Darío en contacto con instituciones de educación y con profesionales de la enseñanza.

En la época de poeta niño, o sea en los primeros ochentas, cuando era invitado a improvisar en todas las reuniones sociales y culturales en que estaba presente, lo hizo también en actos escolares. De ese entonces son las décimas leídas en la inauguración de la escuela nocturna para obreros en el ba-

rrio de San Sebastián de León de Nicaragua (1881), y en 1883 hizo de pedagogo forzado en el instituto de varones de San Salvador, a donde lo recluyó una orden presidencial. El doctor Rafael Reyes, director del plantel, le encomendó dar clases de gramática. (La causa fue un atrevimiento que tuvo con una dama que gozaba del favor presidencial y que vivía en el mismo hotel). Aquellas clases eran charlas literarias que alternaba con juegos de hipnotismo para recreo de sus alumnos, hasta que ocurrió que no pudo despertar a un hipnotizado, el cual volvió a la vigilia cuando a un compañero se le ocurrió echarle agua en la cabeza (1).

De 1884 es "El sol de la educación", unas cuartetas dedicadas a la maestra Emilia C. Day, que dirigía el Colegio de Señoritas de Granada, Nicaragua. En la primera estrofa le dice:

Maestra! Después de Dios
y de nuestros padres, que
nos brindaron vida y fe,
lo debemos todo a vos.

Y en la última:

Brilló el naciente arbol
de ese sol que dio fulgores:
nosotros somos las flores,
Maestra, ¡y vos sois el sol! (2).

En 1890 el poeta se hallaba en El Salvador por segunda vez. El 21 de junio tuvo lugar su matrimonio civil con la bella Rafaelita Contreras en San Salvador. El 22 Carlos Ezeta dio el cuartelazo que acabó con el gobierno y la vida del presidente, general Francisco Menéndez. Rubén huyó a Guatemala.

En la capital guatemalteca Darío llevó una vida laboriosa de creación, y en el aspecto que aquí indagamos encontramos dos botones de muestra que ofrecer. El primero son tres cuartetos endecasílabos que escribió en el album de doña Natalia Górriz de Morales, maestra eminente y escritora guatemalteca. Les puso por título "Hablan las niñas" Y el otro es el breve discurso leído en la velada con que celebraron la clausura del año lectivo los colegios "La Esperanza" y "Santa Catalina", el 21 de noviembre de 1890. Esta ignorada pieza y rara en la obra en prosa de Darío se lee así: "Saludo a los niños que son amados de Dios como las rosas del Sol.

Hoy les han premiado donde aprenden a pensar, de donde saldrá el pequeño para ser mañana ciudadano bueno y útil, y la niña para ser llena de virtud, gracia y cultura, de modo que sepa hacer de su casa jardín apacible, rido de santa alegría.

Han ganado su premio después del trabajo, y así deben saber cómo para lograr la cosecha son precisas las fatigas del sembrador.

Fortificados sus cuerpos y sus espíritus, van a ser mañana la flor social,

(1) *La vida de Ruben Darío escrita por él mismo*. Maucci, Barcelona, 1915.
(2) *Obras poéticas completas*. Aguilar, S. A. de Ediciones, Madrid, 1957.

y así la patria tendrá hijos vigorosos que sean elemento engrandecedor, y la familia, damas que a la belleza física, avasalladora de por sí, junten la belleza del alma que las torne para dicha de los suyos, como unas estrellas vivas, que den la ventura con su luz. Para allá suban la escala del alfabeto, del cual un poeta francés que escribe hermosos poemas, ha hecho un escudo maravilloso y eficaz que vuelve invulnerable a quien lo posee. ¡Oh, niños! ¿Sabéis acaso las alturas a que podéis llegar si esas letras del abecedario se convierten en águilas gloriosas que os eleven sobre sus alas más allá del amor de los astros?

¡Qué triunfo, saber leer! ¡Qué triunfo, conversar en los libros con los sabios de los tiempos antiguos, con los profetas que sintieron el soplo de la divinidad, con los poetas que escribieron los cantos de las batallas épicas a que asistían los dioses de las edades viejas! De modo que al abrir un volumen, os sale a recibir un anciano amable, ciego y sereno, y os cuenta en versos armoniosos, amores y combates que aparecen ante vuestros ojos, conmovedores y reales; y conocéis a un Aquiles, de ligeros pies, a una Hécuba, sollozadora; a un Néstor, que hace brotar las palabras de oro sobre la barba blanca, seres, en fin, niños míos, que os pondrán en vuestras almas un temblor divino.

Aprendéis a amar la belleza, resplandor extrahumano; la verdad, cadena de que pende el universo, y el bien, azul del cielo y miel del mundo.

¡Entre vuestros pequeños corazones, cuántos corazones de héroes, de poetas, de pensadores, habrá! ¡Quién puede afirmar que el niño que ha dicho su lección, adorablemente confuso, no puede ser cuando el sol esté en su cenit, un José Batres Montúfar, un Irisarni, un José Milla!

Estáis en el crepúsculo, en el orto. Vuestra infancia es una primavera. Sois ahora hermanos de las flores y de las aves; de las unas tenéis el perfume y de las otras las alas. Cuando alzáis los ojos a lo alto, os acercáis al firmamento. Vuestras risas inocentes son música encantada que alegra la vida.

Como el tiempo tiene alas rápidas, pronto dejaréis la infancia. Vuestros padres y maestros quieren que no seáis vosotros unos hombres gárrulos y artificiales; vosotras, niñas, unas estatuas bellas. Por eso estáis aquí nutriendo vuestra vida moral. Vuestra es la gloria del porvenir. Bienvenidos serán los hombres viriles, brillantes y provechosos; los esposos y las madres que hagan un cielo el hogar.

Vivid, subid, sed dichosos y que Dios os bendiga" (3).

Apremos de la vida económica hicieron que el poeta, esposa y madre política se trasladasen a San José de Costa Rica. En ese país la educación pública es verdadera religión del Estado. Un ministro seguramente supuso que Rubén Darío debía saber preceptiva literaria y demás materias atañentes a la literatura, y también de otras cosas, y lo nombró delegado oficial al Colegio de Señoritas de Sión para presenciar los exámenes y rendir un informe. En ese colegio, regentado por religiosas, se educaban las hijas de los que en San José poseían el poder y la fortuna, las familias patricias, que dicho sea de paso, tuvieron siempre por norte de su actuación el bien público, como a la sazón se

(3) *Diario de Centro America, Guatemala, 19 de Noviembre de 1890.*

decía. El delegado redactó un informe elogioso para las monjas, uno de cuyos éxitos era que sus alumnas hablaban bien el francés y que “podían comentar así una oración de Bossuet como una oda de Hugo” (4).

En Costa Rica vivía don Antonio Zambrana, un patriota cubano, hombre de tribuna y de cátedra, que en cada lección y en cada discurso esparcía luz y armonía con su verbo rico. A ese maestro de la juventud Darío saludó con estas palabras que valen para todo maestro auténtico: “Bienvenido sea el maestro; bienvenido sea el que lleva por donde va la armonía de la palabra; el que hace que triunfen las ideas grandes y nobles, el que levanta el espíritu de la juventud, el que educa y deleita; el que es fuerte y blando, ya el león, ya el panal de la Biblia” El maestro de esa complexión espiritual es un portador del Bien, un mensajero de la Verdad, cofrade de los que investigan las leyes de la vida y de la materia, de los que aislan las vitaminas sin verlas, de los que con el cálculo descubren mundos, y de los filósofos, esos “cazadores de absoluto” Ellos tienen una misión y gozan de un privilegio: “Los grandes creadores de luz son los verdaderos bienhechores; son los únicos que se opondrán al torrente de odios, de injusticia y de iniquidades. He ahí la gran aristocracia de las ideas, la sola, la verdadera, que descende al pueblo, le impregna de su aliento, le comunica su potencia y su virtud, le transfigura y le enseña la bondad de la vida” (5).

Qué hermosa lección de moral profesional hay en estas palabras: “Enseñar la bondad de la vida”, que llevan intrínseca la excelencia del deber. Mal podría, es claro, un maestro de seco corazón ejercer tan alto magisterio, ni podría ejercerlo tampoco si careciese de otras virtudes cardinales como el entusiasmo y la intención pura. Y continúa Darío pedagogizando poéticamente así: “¿Y a quién alabar y por quién entusiasmarse sino por la juventud? Cuando el talento empieza a florecer es cuando necesita riegos de aliento. Maldito sea aquél mal sacerdote que engaña o descorazona al catecúmeno quien no anima al joven que se inicia, anatematizado sea” (6).

¿No es verdad que ese es el versículo de un bello evangelio de acción docente? Ojalá cada maestro lo escribiese en su diario pedagógico, lo grabase en las células grises que primero despiertan cada día, y que lo tuviese presente cada vez que está enfrente de un niño o de un joven.

Hay una zona del espíritu, su estratósfera, podríamos decir, en que los grandes intuitivos se encuentran y enuncian las mismas verdades. Es así como el místico, el poeta y el filósofo, sin contradicción y sin parodia, antes que el científico vislumbre algo, en sus raptos sibílicos y en sus absorciones de absoluto, dejan escapar por la boca o por la pluma, entonces órganos de la verdad, las palabras que más tarde serán normas, credos, juicios apodícticos trascendentales que el empírico corroborará después. Rubén Darío pertenece a esa familia de genios intuitivos, y por eso puede recogerse tanto oro de ideas y premoniciones en sus estrofas y períodos.

A cada momento se revela el gran maestro de idealismo que es Rubén

(4) Carlos Jinesu. *Rubén Darío en Costa Rica*. Loanza, México, 1944.

(5) Rubén Darío *Opiniones*. Mundo Latino, Madrid.

(6) Rubén Darío “Carrasquilla Mallarino”, en *Toda al vuelo*. Renacimiento, Madrid, 1912.

Darío. En su preocupación y profunda simpatía humana, no olvida nada ni a nadie. Como al romano, le interesa todo lo que atañe al hombre sin excluir a los niños, "flores de humanidad" Quiere educación para todos y "ciencia para enmendar las caídas de la naturaleza y las crueldades de la enfermedad, bondades muchas para los pobres, para los infelices del pueblo, para los que además de los rayos del sol, necesitan el pedazo de pan. Que se mejore la raza caballar, lo cual es una gran cosa, pero que se mejoren también las razas humanas, lo cual sería indiscutiblemente mejor. No la persecución imposible de una humanidad perfecta, pues esto no está en la misma naturaleza; pero sí un progreso relativo, seguir el camino que muchos conductores de ideas han señalado y señalan para bien de los pueblos" (7).

Con ese pensamiento insinúa la educación física como base de la educación integral. El cimiento somático lo exalta al nivel de su importancia, de esta forma: "En el actual sistema de educación que se sigue entre nosotros es de aplaudirse que se procure el ensanche de la fuerza física al par que el de las facultades intelectuales. Un gimnasio es tan útil a un niño que puede darle hasta la vida. Para la educación de hombres y mujeres es incalculable el bien que produce. Después del libro el aro de goma, o el trapecio, o el salto. Así morirá la anemia en las niñas, que empiezan a recoger las rosas de la pubertad, y no saldrán hombres raquíuticos ni neuróticos de entre aquellos adolescentes que se robustezcan en los ejercicios"

"La mujer lo necesita. Bien han pensado las damas rusas que han establecido carreras en trineos en aquella nieve de su país, manejando ellas los caballos encolerados, vestidas de colores vistosos, avasalladoras en su audacia"

"Hagan las nuestras algo parecido. Déense al trabajo gimnástico las delicadas"

"¡Linos pálidos! Sois así muy bellos; mas ¿no es cierto que preferiríais ser como rosas, llenas de sangre, fragantes en su púrpura opulenta? Sí, y para eso ser menos latinas, menos soñadoras, o tener el sueño en español y vivir la vida en inglés o en alemán. Lawn tennis, turnverein, turf, sport! ¿No es así?" (8).

Y como sabía de la interacción síquica y física, o digámoslo en su lenguaje de creyente, entre alma y cuerpo, aconseja que "mientras el alma está en nuestro cuerpo es fisiológica" y por eso hay que nutrir el cuerpo para que ella esté contenta en su mansión: "El palacio de Sique está entre las paredes del cráneo, allí donde Cajal y compañeros van encontrando desconocido en la minísima de los pensamientos"

El humanismo de Darío, volcándose en amor en los niños cobra un mérito singular si recordamos que no creció al abrigo de sus padres naturales y que no tuvo hermanitos con quienes jugar; que la tristeza le clavó sus garfios desde la infancia y que jamás dejó de acompañarlo. Como padre apenas pudo tener en sus brazos a su primogénito hasta los seis meses de su llegada a la vida, y a Rubén Darío Sánchez, a su lado, hasta los siete años de edad. Y sin

(7) Ibid.

(8) Ruben Darío. "La semana", crónica en *Obras desconocidas de Ruben Darío*. Edición recogida por Saúl Silva Castro. Prensas de la Universidad de Chile. Santiago, 1934.

embargo, cuánto amor a los niños trasciende de estas palabras: "Los que no han tenido la desgracia de ver su hogar vacío, los que saben del encanto de los labios infantiles y los ojos angelicales, azules o negros, esos saben la emoción intensa que despiertan en nuestros corazones las miradas y las sonrisas de los niños. Porque en todos los climas, en todos los tiempos, en todos los países, los niños son iguales, son flores de humanidad" (9).

Y el corazón compasivo aflora aquí: "Nada más triste, más desesperadamente triste que la existencia martirizada de esos niños señalados al nacer por el azar de la desgracia para blanco de sus rigores. El triste niño ciego: Fruto concebido, quizá, en el revuelo de una *rencontre* de dos seres que después continúan ignorándose, queda para vivir una lamentable herencia de dolor y de desgracias. Algo terrible, algo siniestro presidió su nacimiento; un hada negra ha estado allí esperando su gemir de recién nacido y al partir le deja para siempre, irremediamente, privado de la luz, la irremplazable, la maravillosa luz" (10).

Tuvo una preocupación seria por la prostitución infantil, aunque no vertió en las cuartillas los graves pensamientos que seguramente la sugirió. También fijó la atención en los niños prodigios, esos que raramente se salvan de la muerte o de la mediocridad posterior en que fatalmente paran muchos de ellos. Abominable le parecía la erudición infantil estimulada por los padres que así creen injertar en sus pequeños el saber y el porvenir brillante que para ellos descan. "No olvidaré nunca, dice, a un muchachito demasiado despierto, de una familia hispanoamericana, que, delante del papá y la mamá me salió con esta embajada: ¿Qué piensa usted de los versos de Verlaine? —Me dieron ganas de tirarle de las orejas"— "Los frutos que se anticipan a su tiempo, o que, por manejos y artes de horticultor, precipitan su madurez no son buenos al paladar. En las almas pasa lo propio. La excesiva precocidad, en talento como en crimen, no puede sino ser signo de degeneración. Debe afligirse un padre ante el espectáculo de un reoño que se hace árbol antes de tiempo" (11).

Lógico es que quien amara a los niños, pensara en los libros propios para ellos, esos instrumentos didácticos, que además deben ser educativos. La penetración intuitiva y la recta apreciación de los excelentes libros para niños, que ya a principios del siglo existían en las lenguas europeas, menos en español, le formaron un criterio acertado sobre lo que tales libros deben ser. Para Darío es un apotegma "que los primeros libros son los primeros directores" Quería evitar que los niños padecieran la indigestión libresca que él sufrió y que cuenta en su autobiografía: "En un viejo armario encontré los primeros libros que leyera. Eran un *Quijote*, las obras de *Moratín*, *Las mil y una noches*, la *Biblia*, los *Oficios* de Cicerón, la *Corina* de Madame de Staël, un tomo de comedias clásicas españolas y una novela terrorífica, de ya no recuerdo qué autor, *La caverna de Strozzi*. Extraña y ardua mezcla de cosas para la cabeza de un niño" (12). Pero aún más quería, que no fuesen víctimas del criterio mercantil con que se fabrican los juguetes y se elaboran los libros infantiles. En cuanto a los juguetes, lamenta que "A los niños se les arma de sables y

(9) Rubén Darío. "La herencia de don Juan" *Todo al vuelo*. Renacimiento, Madrid, 1912.

(10) *Ibid.*

(11) Rubén Darío. "A propósito de Mme. Segur" *Todo al vuelo*, citado.

(12) *La vida de Rubén Darío contada por él mismo*. Maucet, Barcelona.

se les presenta como preciso y hermoso el espectáculo de la guerra, el oficio de matar alemanes, chinos o negros” Y en relación con los libros que “Importa mucho no ofrecer a los niños libros ridículos y cromos de una vulgaridad grosera”, pues recuerda que “la diversidad y la gracia de los espíritus de los hombres son lo que las hicieron las lecturas y las visiones de los primeros años” (13).

El poeta lamenta el olvido de las viejas canciones que recrearon el alma infantil de las pasadas generaciones, las alegres rondas a la luz de la luna; protesta indignado por el pésimo pan espiritual que se daba a los chicos, en forma de juguetes y grita: “¿Qué tienen que ver la imaginación del niño y su necesidad de distracción con las miserias de la actualidad, con la anécdota vil de la vida política o de la vida social?” Y amonesta a los padres diciéndoles que “Hay que pensar que el alma del hijo merece tantos cuidados como su estómago” (14).

Darío celebra a los dos poetas que en América escribieron lindas cosas para los niños: Rafael Pombo (1833-1912) y José Martí (1853-1895), y si no se entusiasma por el “famoso poeta doméstico mejicano”, Juan de Dios Peza, es porque mezcló los fusiles con las muñecas en sus *Cantos del Hogar*; llama a Anatole France “el delicioso mago” por su mirífico *Le petit Pierre*, en que Pierre Nozier es el propio insigne autor de *El crimen de Silvestre Bonard*.

En la literatura infantil conviene distinguir entre aquélla que celebra al niño, que es recreo espiritual del adulto, y la que interpreta sus intereses psicológicos y le proporciona gozo. Los poemas de *Ismaelillo* de Martí pertenecen a la primera clase, y los de Pombo a la segunda. Varios poemas de *Ismaelillo* cita Rubén, y del colombiano estos cuatro versos que nos comunican un sabor de vivencia infantil:

Simón el bobito llamó al pastelero:
—A ver tus pasteles, los quiero probar.
—Sí —dijo el otro—, pero antes yo quiero
Mirar el cuartillo con que has de pagar.

Y comenta complacido: “hay en esas poesías una gracia abuelasca que encanta a los caballeritos implumes, y que refresca la mente antes de que lleguen el binomio de Newton y los afluentes de los grandes ríos chunos” (Pongamos este paréntesis para recordar que Rubén Darío no logró entender el famoso binomio en su breve escolaridad media, y que en su tiempo y durante muchos años después, el aprendizaje de la nomenclatura de ríos, lagos, montañas era la enseñanza geográfica abrumadora de la memoria.)

La contribución de Darío a la literatura infantil no es abundante, pero su omniabarcante poesía no dejó sin acariciar a los niños en “Un soneto para bebé”, “A Mariita Debayle”, “En el álbum de Raquel Catalá”, “La rosa niña”, “La copa de las hadas”, “Babyhood”, “Pequeño poema infantil”, “En una velada a beneficio de los pobres”, “A Margarita Debayle”. Este último poema

(13) “A proposito de Mme. Segur” citado.
(14) *Ibid.*

es al que el sortilegio de su encanto lo lleva a textos de lectura, a los programas de veladas escolares y familiares. "Margarita, está linda la mar" Transcribamos aquí "Un soneto para bebé".

Un verso nuevo y gentil
y metálico y sonoro;
un precioso anillo moro
que puliera el esmeril;

Una rosa del Abril
que dentro el pecho atesoro;
una perla en concha de oro
llena de aroma sutil.

Pues que tu lengua interpreto.
idioma de luz y miel,
te daría, niño inquieto,

envuelto en este papel,
un diamante hecho soneto
para que juegues con él.

Y el primoroso:

PEQUEÑO POEMA INFANTIL:

Las hadas, las bellas hadas,
existen, mi dulce niña.
Juana de Arco las vio aladas,
en la campiña.

Las vio al dejar el mirab,
ha largo tiempo, Mahoma.
Más chica que una paloma,
Shakespeare vio a la Reina Mab.

Las hadas decían cosas
en la cuna
de las princesas antiguas;
que si iban a ser dichosas
o bellas como la luna;
o frases raras y ambiguas.

Con sus diademas y alas,
pequeñas como azucenas,
había hadas que eran buenas
y había hadas que eran malas.

Y había una jorobada,
la de profecía odiosa:
la llamada
Carabosa.

Si ésta llegaba a la cuna
de las suaves princesitas,
no se libraba ninguna
de sus palabras malditas.

Y esa hada era muy fea,
como son
feos toda mala idea
y todo mal corazón.

Cuando naciste, preciosa,
no tuviste hadas paganas,
ni la horrible Carabosa
ni sus graciosas hermanas.

Ni Mab, que en los sueños anda,
ni las que celebran fiesta
en la mágica floresta
de Brocelianda.

Y, ¿sabes tú, niña mía,
por qué ningún hada había?
Porque allí
estaba cerca de tí
quien tu nacer bendecía;
Reina más que todas ellas,
la Reina de las Estrellas,
la dulce Virgen María.

Que ella tu senda bendiga,
como tu Madre y tu amiga;
con sus divinos consuelos
no temas infernal guerra;
¡que perfume tus anhelos
su nombre que el mal destierra,
pues ella aroma los cielos
y la tierra!

Y también cobra una actitud, inusitada en él, cuando llega hasta la preceptiva metodológica y dice: "He ahí los dos principales elementos que hay que saber despertar en el espíritu infantil; la risa y el sueño, el rosal de las rosas rosadas y el plantío de los lirios azules" (15). No precisa llamar la atención

(15) *Ibid.*

sobre el procedimiento que emplea para no tratar esas cuestiones educativas. Habla en poeta siempre, y lo que acaba de decir, el pedagogo profesional lo expresaría con estos términos, más o menos: Las lecturas, como todo el trabajo escolar, deben ligarse a los intereses del niño para que le sean placenteras y sugerentes, y le inciten a descubrir.

En las diluviales lecturas de Darío, la literatura infantil no se escapó, y de veras asombra oírlo citar autores de diversas nacionalidades con el entusiasmo de quien los conoce y comprende: “Bien venidas seas siempre, imágenes de Espinal, estampas coloreadas que representáis héroes de los que se cantan en las canciones, y hadas y genios, y lo cómico de la vida y lo deleitoso del soñar. Bien venidas las figuras de Stahl, los bebecitos de Gugu, o sea la exquisita italiana contesina Ruspoli; bienvenido Froelich con sus interpretaciones del alma pueril, y Boutet de Monrel, y Henriot, y hasta la sabiduría, si viene representada por Robida y por Tom Tip. Y, sobre todo, sea glorificado el recuerdo de Kate Greenaway, la hada moderna del color y del dibujo en sus álbums encantadores” Sigue un elogio de la admirable creadora de dibujos infantiles y la llama “exquisita institutriz de la Belleza”, así con mayúsculas para enfatizar su exaltada admiración. El gran intuitivo descubrió la libertad del niño, y esto igualmente interesante: que al niño le gustan más las aventuras de los grandes que las de sus prójimos de edad. Rinde homenaje de admiración a Gustavo Doré como gran dibujante para niños, y aún más a Perrault, cuyo libro *Contes de ma mère l’Oye* juzga como uno de los más prodigiosos que haya creado el talento humano para los niños de todas las edades (16).

Sin duda el poeta reconocía en sí mismo lo negativo de la tristeza, que en él hundió sus raíces desde que era niño, y recordaba los mandobles del sino, como aquél que fue saber cierto día, que sus padres, el coronel Ramírez Madregil y doña Bernarda Sarmiento, no lo eran, y que su verdadera madre era la señora de ojos negros que acababan de presentarle. Con énfasis que arranca de lo hondo de su mente, quiere que no se quite a los niños “nunca, jamás, los tesoros de la risa y del ensueño” El teórico de la Pedagogía podría comentar largamente todos los conceptos implícitos en esas palabras: la risa y el ensueño, a la luz de los descubrimientos que la sicopedagogía ha hecho en el universo del ser infantil.

Lo que podríamos llamar —haciendo sonreír a más de un docto en letras y educación— la pedagogía de Rubén Darío, se resume en la fórmula de educar por la belleza, y concretamente por la poesía, que obviamente es para él su expresión más cabal. Platón no lo desaprobaba. Pero no olvida que de todas suertes se debe educar para la vida y, como siempre, lo dice en su idioma de poeta: “Sembrar en el buen terreno virgen ideas útiles para la vida que viene, granos prácticos, pero regarlos con una lluvia clara y fresca de poesía, de la necesaria poesía, hermana del sol y complemento del pan” (17).

En 1898 Rubén Darío llega a España enviado por *La Nación* de Buenos Aires para observar el estado en que ha quedado después de los desastres de

(16) Rubén Darío. “Pascua”, *Parisiense*, Fernando Fe. Madrid, 1908.
(17) *Ibid.*

Cavite y Santiago de Cuba. Escribe entonces con simpatía las páginas que luego de publicadas en el gran diario argentino forman el libro *España contemporánea*. Ciertamente con simpatía, aun cuando tiene que poner el índice en alguna lacra de la milenaria monarquía. Lo que dice de la enseñanza tiene todavía tanta actualidad para más de un media docena de nuestros países, que hay que recoger algunas de sus opiniones en obsequio de los dirigentes de la enseñanza popular que quieren enderezar su responsabilidad. “El catedrático de Instituto, y más aún el de colegios particulares no está preparado para la enseñanza; cuando más, conoce vagamente la asignatura que explica, pero no penetra en la mente de los niños. El profesor, como el maestro, tiene la monomanía del discurso. Todos los días hace su explicación en forma oratoria altisonante; si no tiene un libro de texto propio, no se ajusta en todo a ningún autor y obliga a los alumnos a tomar apuntes; así acaban los cursos, y la mayoría de los estudiantes no se ha enterado aún de lo que sean las asignaturas que cursaron; algunas definiciones, alguna clasificación, algún razonamiento aislado: cuatro lecciones prendidas con alfileres, que se olvidan luego, y el que tiene la suerte de salir aprobado no vuelve a pensar en aquellas cosas. Así el niño que salió de la primera enseñanza, virgen de conocimientos elementales, sale de la segunda sin comprender las ciencias y las letras que debieron determinar su vocación, y no comprende la carrera que le aconseja su instinto, sino la que sus padres le imponen por considerarla más lucrativa” “Muchos libros, muchas horas de clase, muchas horas de estudio, mucho atiborrarse de teoría, levas y teoremas; pero la ciencia, la verdadera ciencia no aparece”

Triste retrato el que traza en esos términos, y es de observar que lo hace con honda comprensión de lo que debe ser la enseñanza, por supuesto que no en sus detalles metodológicos, sino en su valor global como función de cultura. Lo demuestra con el enunciado de estos extremos, que a muchos hombres públicos del Continente se escapan a juzgar por su indiferencia con la educación pública. “De las cátedras se extiende un continuo río de ideas, de que benefician la industria, el comercio, la salud” “En la mala enseñanza primaria está el origen de todos los males” Todo eso es exacto, verdadero y claro, como para copiarlo en un plan de política pedagógica, en el que, como resumen, se agregase lo que él dice: “El programa patrio pudiera resumirse en dos palabras: trabajo y cultura. En ello va la independencia”

Capítulo nuevo es en las ciencias de la educación el que trata de la orientación profesional, y en muchos de nuestros países tan nuevo, que no ilustra todavía a quienes más interesa para decidir del uso de sus aptitudes. Las universidades centroamericanas carecen de un laboratorio de orientación profesional; y la iniciativa privada, individual o social, no intenta aún algo que satisfaga la necesidad de encauzar las vocaciones en la ruta que les es propia. Lo valioso es saber para qué se es útil en la vida, y el problema capital de la democracia cultural es que cada uno y todos tengan la oportunidad de llegar a ser lo que potencialmente son. Las disposiciones para esto o aquello hicieron creer desde las lejanías de la sabiduría arcaica en el destino ineluctable. Darío se hace eco del saber hermético cuando canta:

Ante el celeste, supremo acto,
dioses y bestias lucieron pacto.

Se dio a la alondra la luz del día,
se dio a los buhos sabiduría,
y melodía al ruiseñor.
A los leones fue la victoria,
para las águilas toda la gloria,
y a las palomas todo el amor.

En prosa enuncia el mismo pensamiento referido a los hombres: "De los hombres unos han nacido para forjar los metales, otros para arrancar del suelo fértil las espigas del trébol, otros para combatir en las sangrientas guerras, y otros para enseñar, glorificar y cantar"

Allí concreta más el poeta el mismo arcaico pensamiento; pero hubo una ocasión en que con verdadera intención pedagógica habló de la vocación a la cual hay que consultar antes de entregarse a una actividad. Fue eso en 1908, durante su visita a su suelo natal, donde el regocijo que causó su presencia hizo que floreciera en prosa y en verso el entusiasmo de quienes tal vez sin ese estímulo tan intenso, nunca habrían pensado en deponer su testimonio de admiración en renglones medidos. En dos discursos memorables Rubén se ocupó de su propio destino, exaltó la excelencia del arte, pero hizo ver que no es deseable una "república de soñadores", que "cuando el hombre primitivo ensayó en sus cavernas la reproducción de la figura del dinosaurio, había de seguro cazado ya su reno, inventado el fuego, iniciado la primera época del trabajo humano". De ese modo demandaba las realizaciones materiales previas al florecimiento artístico, e insistiendo en el imperativo de la vocación, agregó "que el que nazca con su brasa en el pecho sufra eternamente la quemadura. Mas que no se crea que llevar esa brasa es voluntario y sobre todo grato. Los escogidos de las artes son muy pocos, y la República tiene necesidad de otras energías más abundantes para felicidad positiva de la comunidad, energías florecientes que quizás podrían torcer su rumbo engañadas por mirajes halagadores" En todas estas palabras hay certeza y previsión, lo mismo que en las que siguen, tan valederas para programas de actividades: "Hay campo para todas las condiciones del espíritu. Vivimos sobre la tierra y de la tierra. Que la mayoría inmensa se dedique, según las particulares aptitudes a la tarea de cultivar, de engrandecer, de fecundar nuestra tierra. Así tendrá el pueblo seguro su cotidiano pan"

El poeta dice a su manera la verdad que el psicopedagogo diría llanamente y con conclusiones de laboratorio. Mas en el fondo es igual. Sabe él la legitimidad de los anhelos y el modo de probarlos con la vara de medir de la sinceridad: "Bien va aquél que sigue su ilusión, cualquiera que sea esa ilusión; bien va el práctico que en su ilusión bancaria cree ser mañana feliz; bien va aquél a quien su ilusión política coloca en plausibles ambiciones y en sueños de puestos propicios, y aquél que tiene, por fatal peregrinación, que buscar entre las estrellas su provecho de nefelibata, bien va, si lleva de la mano su conciencia y su corazón está con él" (18).

En su actitud de maestro nuevo, de espaldas al dogma y al escolástico *magister dixit*, afirma: "No busco el que nadie piense como yo ¡Libertad!

(18) *Ibid.*

¡Libertad! mis amigos. Y no os dejéis poner libreas de ninguna clase” ¿La anarquía entonces? No, el control según él está en el desdén por lo vulgar, el culto a la belleza y el respeto a la nobleza del arte, es decir, que tiene valores normativos frenadores.

Como perteneciente a su raza, Darío es individualista, y ahí está la raíz del individualismo estético que proclamó como gonfaloniero del modernismo. Pero el individualista generoso se traiciona felizmente a sí mismo al volverse hacia el hombre, y anula en sí el egoísmo que es el substrato psicológico de aquella actitud. Hagamos una rápida excursión en esta faceta de la personalidad del poeta que hizo dialogar a los centauros en lenguaje inmortal. Ya aquí estamos en el confin de la educación y la cultura. El primer apotegma que nos ofrece es tan breve como detonante de individualismo: “Sé tú mismo: esa es la regla”. Si este fuera el código moral de cada hombre, no habría esperanza de acabar con la lucha darwiniana que se libra en la paz y en la guerra. El individualismo es zoológico, y aún sublimado por el arte, guarda el mal olor de su deshumanización. En la pluma de Rubén la categórica fórmula es precepto de originalidad, de independencia mental respecto de directores y escuelas; pero él mismo nos hará ver que la ergástula del yo no nos hace ser plenos.

En una segunda instancia de su pensamiento aparece la cooperación, la indispensable cooperación para realizar tantas cosas que la vida reclama y que rebasan las posibilidades individuales. Y así dice: “Construir, ¡oh juventud! Juntos para el templo; solos para el culto. Juntos para edificar; solos para orar”

Después, la evasión de sí mismo deviene evangelio de servicio social; es la meta bellamente fatal a que llega quien ha limado las asperezas del egoísmo o hasta lo ha anulado con la potencia del amor. No habita ninguna torre de marfil el poeta que predica y practica que “Hay que convencerse de que no se ha venido con el mayor don de Dios a la tierra para tocar el violín, o el arpa, o las castañuelas, o la trompeta. Tocarlas, sí, para universal gozo y danza dionisiaca en paz y fiesta común con todos”

Y aun llega un momento en que no se reconoce al cantor de la princesa triste, la coqueta Eulalia y la marquesita Rosalinda. El poeta visto siempre como nefelibata o como el perenne introvertido rumiando sus ensueños, nos desmiente con su preocupación, a veces angustiosa, por el hombre, cuya “mejor conquista ha de ser el hombre mismo”. He ahí la meta del humanismo que profesa, y hacia la cual han de encaminarse ideas y acciones. Convencido de eso clama con crística energía o como el Zaratustra nietzscheano: “Abominados sean los histriones del pensamiento y los apaches de la pluma, que prostituyeron la singular virtud que pudo servirles para propia elevación y bien de almas hermanas”. Hace propio el pensamiento de Shakespeare: “Guardaos de las almas flacas”, y elevándose al punto cenital de la ética afirma que “La pureza y la dignidad mentales (son) la única razón moral de existir” “Y todo debe ir basado en la comprensión, porque sin comprensión todo es comedia o engaño”

Son pocas las palabras del idioma más grávidas de sentido que esa que Darío erige como llave maestra del comportamiento humano en todos los niveles de la acción y del pensamiento ejercidos en función del bien colectivo:

la comprensión. La sinonimia nos enteramos de la diferencia entre comprender y entender. Un capítulo y hasta una disciplina de la pedagogía de la comprensión hace falta en las ciencias de la educación. Darío declara en un comprimido conceptual los numerosos puntos que abarcaría un programa analítico, pues la comprensión, —si los hombres fueran todos comprensivos—, tendría aplicación constante en las relaciones de todo tipo, individuales, comunales, nacionales e internacionales, y evitaría los conflictos, instauraría la tolerancia, fomentaría el mutuo conocimiento y produciría como flores morales, el respeto, la amistad y el amor en el mundo.

Si la comprensión expresa la noble función mental de captar plenamente el sentido, las circunstancias, la actitud, o el móvil de un concepto, de una conducta, de un suceso, poseerla es un precioso don de cultura; es, según creemos, su médula. Darío, que lo sabía, clamaba por la “precisa y necesaria cultura”

Ejemplifica él el uso de la comprensión —y con qué nobleza de espíritu— con su posición y sus juicios ante las escuelas y corrientes literarias, y ante los poetas y escritores, amigos o no, modernistas o adictos a otra orientación poética. “Y todo debe ir basado en la comprensión, porque sin comprensión todo es comedia o engaño” Este ángulo en que se situó le permitió describir y apreciar el oro puro que los demás tenían en su personalidad o en sus obras, y celebrarlo con sinceridad.

Hemos escrito sinceridad, porque esta cualidad ética no es una incrustación, sino algo que penetra todo el ser moral del poeta que afirmó que “sin comedia y sin literatura, si hay un alma sincera ésta es la mía”

Hasta aquí la integración del hombre culto, Rubén Darío, aparece realizada por el interés por un valor de suprema categoría que es la educación, lo cual implica amor a la niñez y a la juventud; por el don del entusiasmo, la comprensión, la sinceridad, y sobre todo eso, por el amor a la belleza y al arte que jamás tuvo en él claudicación, antes bien fue siempre estímulo y soporte ante las dentelladas del sino: “ y si hubo áspera hiel en mi existencia, melificó toda actitud el arte” Sin embargo, la atinencia de Rubén Darío con la cultura está en que fue un creador de belleza, y en que la obra que la traduce es un jalón en la evolución de la lengua española y su poesía. Roe el olvido las reputaciones; pero sus incisivos se han mellado en su obra. El olvido ha renunciado a su derecho, y Rubén Darío, a los cien años de su advenimiento a la vida, comparece en la conciencia de ambos mundos hispánicos con su tesoro poético que todo lo encierra: la vida, el amor, América, España, la naturaleza, la justicia, la libertad, el pueblo, el pasado y el porvenir. Con su flauta pánica, de nuevo lo oímos cantar: “Yo soy aquél que ayer no más decía ”

(19) Ibid.

(20) *Discurso de Ruben Darío en la Academia de Bellas Artes de León, Nicaragua. 1908.*